

blos débiles. Y ocurre que la nación poderosa se indigna porque no acepta la comunidad atrasada, la ley que aspiran a imponerle o desconoce la influencia roborativa de la civilización importada. Establece orden por medio del incendio, del asesinato, del robo y se irrita si no halla simpatía en los habitantes de las zonas invadidas y regeneradas. Para Francia, de quien aspira a ser portavoz, el maestro sólo acucia un privilegio, el imperio del pensamiento, el uso libre de la razón, ideas claras que aventará por el mundo, generosa, ferviente, desinteresada, revolucionaria. Su verdadera fuerza es de orden espiritual.

* * *

Una concepción naturalista de la vida, escribe severamente M. Massis, he aquí lo que M. France ha derivado de su comercio con los antiguos. Lo que denomina humanismo y belleza es el goce, el placer de los sentidos, los bienes y las gracias de la Grecia alejandrina, en pleno menguante. El crítico execra el humanismo, porque rechaza el orden sobrenatural y se ciñe a embellecer la tierra, a extender en ella la justicia y la paz. Desde el Renacimiento, el individuo se afirma, confía en sí, en sus fuerzas renovadas, con desmesura; llega a divinizarse. Pero esta concepción que puede parecer estrecha se concilia, en Voltaire, por ejemplo, y en France, su discípulo, con la cordial preocupación de los humano. Si los dioses se alejan de la tierra, si no confiamos en su acción providente, ha de ser transformando el mundo por nuestro esfuerzo. Los pensadores que se instalan en lo relativo se parecen a dioses olímpicos que todo lo juzgan impasibles. Tal France para M. Massis. Pero estas divinidades con frecuencia descienden a la tierra como árbitros y ofrecen lecciones de armonía a la áspera actividad de los hombres.—FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

<https://doi.org/10.29393/At60-10RCDM10010>

Reflexiones y comentarios

SOBRE ALGUNAS OBSERVACIONES DE ORTEGA Y GASSET

EN el último tomo de *El Espectador*, Ortega y Gasset se refiere al fenómeno de la defensividad del argentino. Esta actitud defensiva, está, según el comentarista español apoyada en dos hipótesis: 1.ª que en la Argentina el puesto o función social de un individuo se halla siempre en

peligro por el apetito de los otros hacia él y la audacia con que intentan arrebatarlo; 2.ª que el individuo mismo no siente su conciencia tranquila respecto a la plenitud de títulos con que ocupa aquel puesto o rango. Esta lucha se vuelve aún más trágica por la densidad de la corriente migratoria. El individuo se arma o está armado contra la audacia del inmigrante. Decir inmigrante es decir posibilidad de lucha, tenacidad, concurrencia en todos los órdenes de la actividad humana.

Con ser Chile un país sin población migratoria, el fenómeno es más o menos el mismo. Con una diferencia. La lucha se entabla aquí entre los mismos componentes del país. El torrente migratorio no existe. No hay enviones de raza, ni fuerzas desbordadas de elementos cuya moralidad o vida interior puede ser incierta o sospechosa. El *quítate tú para ponerme yo* es un principio de las democracias nominales de América, en las que muy rara vez sirven la capacidad o el talento.

Tanto como en Argentina, la política utilitaria, de prebenda, de nepotismo o de logro personal, base absoluta de la vida social y económica, dió vida al matón, al audaz, llamado por muchos, «hombre dinámico». El dinamismo individual consiste en la intriga, en el chisme, en la puñalada en la sombra, en el codazo, en el puntapié. El que tiene un sitio, logrado en muchos casos no por méritos sino por favoritismo u otras causas, lo defiende con todas las armas. A puñaladas. A dentelladas. A veces con armas innobles. No hay fuerzas superiores en juego, sino impulsos negativos y sordos. Si alguien tuviera un oído milagroso y pudiera situarse en una altura, podría escuchar el rezongo abyecto de los cerebros que trabajan en la defensa: rumor de mareas o de multitudes condenadas a arrastrar sus propias y pesadas inquietudes. Hay algo del primitivo que se desliza por entre los árboles y abre, con sigilo, los ramajes que ocultan el camino para oír los pasos que se acercan. . . .

Ortega y Gasset dice que Buenos Aires es la ciudad de los anónimos. Otra de las formas con que el débil, el torvo o el espíritu embrionario, nutre su propia desventura o su maldad. ¿No vió Ortega y Gasset en Santiago el mismo fenómeno. . . ? Aquí funciona constantemente el anónimo y también el teléfono. Este último, desde hace poco. El anónimo como la carreta en relación con el automóvil. En muchas casas no se sabe qué hacer con el teléfono. Lo colocaron allí por snobismo, por moda, por vanidad. Pero, justamente, la irresponsabilidad del hilo tienta a los irresponsables, a los

enemigos de toda felicidad. Hay gente que no puede tolerar la dicha ajena. Ni el bien, ni la bondad, ni la generosidad, formas superiores de la vida, que el dinamismo al uso chileno no entiende. A la felicidad ajena se le busca siempre el germen de la podredumbre. O se le inventa una podredumbre. Formas muy sudamericanas de diversión. Al hombre que puede hacer sombra se le cubre de sospechas, de alusiones equívocas, de torpes reticencias. Falta de hombría, de virilidad. Y también de higiene. El microbio fermenta en la mugre física, pero hay el otro, mortal, que roe alma adentro, como un gorgojo y labra las secretas galerías del rencor.

En Argentina Ortega y Gasset coloca el *guarango* como tipo de la vanidad masculina y femenina, que intenta ser grande y no puede y que para serlo, se vale de la agresión, del codazo y de la exaltación de méritos que no posee y de cualidades imaginarias o hace alusiones a los que el piensa que le estorban. En realidad, tipos de flora americana. Productos del ocio mental, del sensualismo exasperado, de la carencia de ideales. El afán de ganar dinero pronto, a cualquier precio y por cualquier medio, alienta el paludismo cerebral, la muerte del espíritu. El espíritu estorba a estos galeotes que reman desesperadamente para llegar de prisa al hartazgo. Y una vez que llegan se sorprenden desnudos, indigentes, desorientados. En verdad, si algún valor puede concedérsele a la vida es el de palpar la capacidad que para el bien posee cada individuo. Capacidad de ideal, de dones espirituales, mediante los cuales es posible sentirse superiores a quienes chapotean en las ciénagas.

El ensayista español piensa que en el argentino que desempeña una función, no hay un hombre capacitado para ella. Es decir, el argentino no acepta el puesto que le señalan como su destino vital sino como una etapa transitoria para ganar o aumentar su riqueza o ascender en la jerarquía social. Pero este vicio es tan americano como los otros. Es imposible referirse a los países de América, aún a aquellos que como Argentina tienen, por su estupendo crecimiento, similitudes, según Ortega, con el *emporio* romano, sin rastrear las fuentes originarias de estos vicios y recalar en la política menuda en que se debatieron o se debaten. Política de terratenientes, de caciques, de latifundistas. Política de montoneras. Los bandos vencedores llenan los puestos con hombres de sus banderías, sin importarles la capacidad o la ignorancia. Eso es lo de menos. Siempre el funcionario está de tránsito, porque mañana será barrido por el bando vencedor. La montonera triunfante no se andaba con chicas. América ha dado el es-

pectáculo único de llenar sus carteras ministeriales con gente que no sabía por dónde iban tablas. En un ministerio de agricultura solían colocar un médico y en el de ferrocarriles a un abogado. Y esto mismo ha ocurrido en España, país del cual estas repúblicas heredaron sus vicios políticos. Lo único que permite entender la psicología de estos países es el estudio de su política. Porque desde la independencia su sociabilidad se formó en las luchas políticas. Luchas sañudas, tenaces, violentas, sacudidas por odios, por deslealtades inverosímiles, por injusticias atroces.

Son interesantes las apreciaciones sobre Argentina. Pero son apreciaciones que encajan en todos los pueblos americanos, y además incompletas.

PERSPECTIVA DE LA NOVELA CHILENA

EL éxito obtenido por algunas novelas americanas de indiscutible mérito ha provocado entre nosotros la discusión de la posibilidad o imposibilidad de una novela que abarque en su contenido la expresión total del alma chilena. El escritor chileno es fragmentario con su propia realidad. La desprecia a veces. Suele enfocarla, en otras, en cuadros dispersos, de magnífico colorido. No pretendemos que el escritor se ciña a una realidad o a un tema determinado. Cada cual es dueño de hacer de su capa un sayo y narrar los episodios que más le agraden. Nuestro punto de vista es otro y vamos a ver modo de explicarlo.

Decíamos hace poco, a propósito de *Chilenos del mar*, que Latorre es el único, quizá, que ha trabajado con unidad y continuidad en la interpretación de temas chilenos y que aspira a dar, por medio de libros sucesivos, un panorama total del carácter de nuestra raza. Hemos oído la observación de que Chile es un país indócil al novelista, difícil, por su territorio accidentado, al esfuerzo que supone encerrar en una síntesis, los aspectos característicos del alma chilena. Chile tiene el Norte trágico y fabuloso, el Sur magallánico, hostil; la costa, los valles centrales, la cordillera, el mar. Es decir, circunstancias que no pueden fundirse en una totalidad, pues los tipos y el paisaje varían de una región a otra. A este propósito, han saltado siempre, como puntos de referencias, *La vorágine* de Rivera; *Don Segundo Sombra*, de Güiraldes; *Los de abajo* de Azuela; *Canaan* de Aranha; *Raza de bronce* de Arguedas. Novelas típicas, de inquietud, de agonía, de es-

plendor, de conflictos de raza. Y no es que Colombia sea sólo la selva amazónica y Argentina la pampa y el Brasil los cafetales y México la sierra y los guerrilleros sanguinarios y Bolivia el indio de la meseta. Son más bien expresiones de una realidad varia que buscan un marco típico para formar una realidad total.

La selva colombiana recogió a los vencidos de las ciudades, a los náufragos, a los humillados por la tiranía de los explotadores, a los sedientos de riqueza; en la pampa surgía de nuevo el gaucho típico, resero y domador, rey de los vastos dominios, libre de mezclas europeas; en las sierras mexicanas el turbión de los guerrilleros arrastraba entre sus ventoleras a los hombres más extraños del país y los unía en una misma ambición y en un mismo odio; en el sur brasilero una raza tenaz y dominadora penetraba y vencía al mulato indolente y sensual, y en el altiplano aparecían juntos, en un cuadro sombrío, la crueldad del blanco y la miseria errante del indio, acorralado entre los riscos metálicos de sus sierras.

En Chile la región típica de absorción y de profundidad es la pampa salitrera, escenario gigantesco de nuestra raza; región aún virgen para el escritor y la que contiene los elementos más fuertes de creación novelesca.

Durante varios lustros, el peón de los campos abandonó sus herramientas sobre los regueros o las tiró detrás de las cercas que orillan los caminos, para tomar el gran sendero que llevaba a la pampa, espejismo grandioso para su imaginación calenturienta de aventurero. De todas las provincias chilenas salieron hacia el Norte los obstinados y anónimos conquistadores de una riqueza que, a menudo, no era más que el pedazo de tierra, en el que después de heroicos y trágicos episodios, se tendían para morir. . . . Unos regresaban al rincón montaños del centro o del Sur, más vencidos y amargados que antes; otros no regresaban jamás. Hubo épocas de grandes crisis de trabajadores en las regiones agrícolas de Chile. Los hombres habían emigrado todos hacia el Norte. En las tierras de la costa se perdían las cosechas, los ranchos quedaban abandonados, los campos sin cultivo. El Norte atraía, atraía sin descanso.

Allí fué, justamente, en donde el alma autóctona se encontró frente a sí misma. En ese océano interior salitrero, como petrificado y magnífico, de súbito esplendor, de brutal potencia, el hombre encaró la vida en toda su trágica grandeza y en toda su turbia miseria. Lo mismo el vencido de las ciudades que el ambicioso de fortuna o el aventurero sin escrúpulo,

corrieron hacia la pampa para rehacer o captar la riqueza. La salitrera fué el punto inicial de las grandes fortunas y el comienzo de las grandes tragedias económicas. En medio de la soledad, en una tierra que parecía desprendida del resto del país, el hombre se desnudaba de todos sus débiles prejuicios. Estaba en medio de una naturaleza hostil, sobre un suelo que era como una osamenta gigantesca que era preciso desgarrar para arrancarle la médula. Por tanto, la lucha era implacable y los instintos salían a la superficie, como los lobos del fondo de una madriguera. En ninguna región de Chile el destino acumuló elementos tan diversos, mayor suma de apetitos, fuerzas e impulsos más caprichosos. La vida entera se desenvolvió allí en esperanzas, en dolores, en tragedias, en los campamentos improvisados, en las ciudades que surgían en el desierto o crecían en la costa, en las usinas, en las pulperías, en los estudios de los abogados, en el tortuoso y sombrío laberinto de una política que elevaba a los audaces y a los aventureros y los eregía en caciques; en la tragedia de los vencidos. Todo el encogimiento de hombros de nuestro fatalismo, como nuestro orgullo de hombres fuertes, encontraron su liberación y su cruz. Y desde allí, al modo de una cascada, se derramó hacia el resto del país el aluvión de la riqueza que produjo tantos desequilibrios sociales y morales, modificó las costumbres, destrozó la política y convirtió a tantos hombres en juguetes de sus pasiones y apetitos. . . .

El novelador chileno no ha penetrado aún en ese medio formidable, el de expresión más singular y el que con más intensidad que otros se presta para el esfuerzo novelesco; para erguir figuras de luchadores, nostálgicos de las tierras templadas y frías del centro y Sur del país; hombres tenaces, aventureros sin dios ni ley, agitadores sociales, amasijo de tipos rapaces y mezcla de razas calculadoras, debatiendo todo en medio de episodios dramáticos. Porque el hombre, cualquiera que sea su raza, sale de sí mismo, se muestra en su más desnuda expresión, en el instante en que la pasión de dominio sobre otros hombres o sobre los elementos, le obligan a valer-se de todos sus recursos para entablar la lucha. La pampa salitrera ha ofrecido ese espectáculo, infinitamente más rico en hombres y experiencia y más intenso que cualquier otro de la América del Sur.

Puede ser Chile, y lo es, un país indócil para el novelista que quiera captarlo en su totalidad. Chile es un país lleno de motivos para el novelista. Quizá ahora los escritores comienzan a descubrir el país. La inquietud del artista de hoy es un ma-

ravilloso sentido de captación de la belleza, de los tipos, de los ambientes. Como nunca palpitan una intención de crear, de construir. La historia de la novela en Chile es breve.

La pampa absorbió la mayor energía chilena. Fué como una ventosa enorme de las fuerzas que pululaban en el centro y en el Sur del país. Las atrajo y las desparramó sobre el desierto. Las puso frente a sí mismas y, en el dolor o en el júbilo, les hizo descubrir la grandeza o la miseria de que eran capaces. Por eso mismo—y esto no significa fijar temas— creemos que la novela de la pampa será una de las grandes novelas chilenas y, por extensión, de América.—DOMINGO MELFI.

La vuelta de la palabra

A PRINCIPIOS del siglo, en pleno maquinismo, creímos muchos que la era de la palabra hablada y la moda de la oratoria habían concluido. Aún llegamos a encontrar un poco ridículo el hecho de que mil o tres mil personas se congregaran en un teatro o en una plaza para escuchar a un hombre, que si escribía lo que tenía que decir en vez de hablarlo, en primer lugar lo expresaría mejor, y, en segundo, se daría a conocer no sólo de los dos o tres mil del auditorio, sino de los cien o de los doscientos mil del rotativo. Y parecía ocioso ponerse a hablar delante del más grande auditorio desde el momento en que la mecánica pone a nuestra disposición medios de comunicarnos de una vez con todo el que quiere enterarse de los diarios o el libro. Y en seguida pensábamos que las grandes obras del pensamiento no han sido vociferadas en la plazuela, sino que son fruto de la soledad y de las largas meditaciones y correcciones, y entonces insistimos en pensar que había pasado para siempre el arte, a veces fascinante, de la oratoria. Nos parecía que el buen discurso era algo así como una reminiscencia de la antigüedad clásica.

Pero las circunstancias han cambiado rápidamente en este fin de tercio del siglo; toda una serie de hechos está obligando a revivir ciertas prácticas, aún cuando sea modificándolas según las nuevas condiciones sociales. En algunos sitios, la maquinaria se ha hecho privilegio de las clases poderosas;